

derredor, rompió el yugo que se le imponía, porque el movimiento, y este movimiento el mas expedito, era un reclamo de la sociedad y una exigencia de su alma imperiosa.»

«La junta y el congreso con notable desacuerdo, alteraron y trastornaron el sistema rentístico, probado en una larga serie de años y que era el fruto de la madura reflexión de los excelentes administradores que gobernaron la colonia. Estas dos autoridades, que como soberanas rompian cuanto tocaban, dieron los primeros golpes á ese monumento de tres siglos de sabiduría; golpes que se han repetido hasta en nuestra época, sin dejar piedra sobre piedra. Causará siempre asombro, el prurito de aumentar gastos y el flujo irrestañable de destruir los medios mas adecuados para satisfacerlos.»

«Otra responsabilidad de mas graves y desastrosas consecuencias pesa sobre la junta y el congreso. Esta es la de haber cooperado eficazmente al desarrollo en el país de las ideas demagógicas, cuando su verdadera y su mas noble mision, no podia ser otra, que preparar el terreno para que progresaran lentamente, como era indispensable hacerlo, las ideas democráticas, á la vez que las ideas de orden y de justicia.» (1)

Iturbide habia entrado por desgracia suya y del país que habia hecho libre, en ese fatal camino de las medidas á medias, que como dice uno de nuestros ilustrados gé-nios nacionales, á todos comprometen sin salvar á nadie: pues él en parte hacia uso de aquella suma de autoridad amplísima con que ejecutó el plan de Iguala y con que al principio arregló las cosas á su manera, y por otro lado queria buscar un escudo en alguna sombra de la voluntad general del país representada por algun cuerpo. Así fué que en el artículo 2.º del decreto que contenia

(1) Tornel.—Reseña Histórica.

la disolución del congreso, previno: que mientras se reunia el nuevo congreso, una junta que debia llamarse *instituyente*, tendria la representación nacional, formando contraste el objeto que se le queria dar á este cuerpo de representar la voluntad del país con el nombramiento de los individuos que la formaron, el cual fué hecho por el mismo Iturbide, de entre los miembros del congreso; que notoriamente eran adictos á su persona y sumisamente obsecuentes á su voluntad.

Uno de los grandes obstáculos que impidieron la marcha del gobierno de Iturbide y que fueron causa principal de sus desavenencias con el congreso, fué que en medio de la escasez de recursos en que se hallaba el erario; no pudo hallarse un recurso bastante á corregir este mal; y tropezando la junta con el mismo inconveniente, viéndose por otra parte apremiada para tomar una medida pronta en tan delicada materia, acordó que el gobierno ocupara los fondos de una conducta que estaba en camino para Veracruz y que por el estado de aquella plaza se habia quedado en Perote y Jalapa, custodiada por las fuerzas de Echavarrí. La ocupacion de estos fondos, que ascendian á un millon, doscientos mil pesos, aumentó las enemistades que se suscitaban diariamente contra el gobierno imperial; el cual tuvo por causa inmediatamente original de su caída, el suceso que vamos á referir.

El mando militar de las provincias de Veracruz y Oaxaca, estaba confiado al mariscal de campo Luaces, el cual por enfermedad obtuvo una licencia para separarse del servicio retirándose á Tehuacan á curarse, y en su lugar fué nombrado el brigadier D. José Antonio Echavarrí. Se dijo entonces, que este nombramiento habia desagradado y herido el amor propio del comandante de la plaza de Veracruz que era Santa-Anna, y que este jefe movido por su ambicion proyectó un medio de satisfacer su ven-

ganza contra Echavarrí y adquirió por este medio, el mando que su estremado orgullo ambicionaba. Presentó al gobierno un plan para hacerse del castillo de S. Juan de Ulúa que aun permanecía en poder de los españoles, y con este motivo Echavarrí recibió orden de marchar con prontitud á Veracruz, para examinar el proyecto de Santa Anna y ponerlo en ejecucion si era conveniente. Echavarrí que no conocia la plaza y que fiaba absolutamente de Santa Anna, convino en hacer todo lo que este manifestó, y puesto en práctica su plan la noche del 26 de Octubre, se vió que no dió resultado alguno, y antes bien hubo algunas circunstancias que hicieran nacer sospechas contra el autor del proyecto, ó ya para entregar la plaza en poder de los españoles, ó para poner por ese medio una celada en que pudiera deshacerse de Echavarrí. Así por lo menos lo comprendió este gefe, é informó al gobierno en el mismo sentido, lo que no se le hizo improbable á Iturbide, habiendo ya tenido contra Santa Anna algunas quejas tanto del capitán general anterior, como de la diputacion y el consulado. Por todos estos motivos, se creyó preciso remover á aquel gefe, y para hacerlo, salió el mismo Iturbide de México, con direccion á Jalapa á donde llamó á Santa Anna.

El emperador no desconocia el tino y delicadeza que exigia el paso que se iba á dar, estando su gobierno sentado en bases tan falsas por el descontento que generalmente se notaba; y que herir la susceptibilidad de un gefe tan inquieto como Santa Anna, era arrojar una tea ardiendo en un campo sembrado de combustibles: por esta causa se dieron secretas las órdenes de las personas que debian sustituirlo en el mando, para que usaran de ellas con las reservas y la prudencia que el caso exigia, manifestando á Santa Anna, que el Gobierno deseaba utilizar sus servicios en México, á donde debia pasar luego. El gefe des-

tituido, bastante perspicaz para conocer á fondo las intenciones del Emperador, y ofendido tambien por un desaire que se le habia hecho, durante la permanencia de Iturbide en Jalapa, concibió luego el proyecto de derrocar al gobierno establecido, aunque disimuló todo su enojo y su designio, hasta no volver á Veracruz antes que la guarnicion tuviera conocimiento de su destitucion.

Iturbide volvió á México, deteniéndose algunos dias en Puebla donde se iban á celebrar las fiestas de la jura del Imperio, para las que habia un notable entusiasmo aumentado con la presencia del Libertador de México: y mientras Iturbide se adormecía de esta manera con los embriagantes vapores de los inciensos que se quemaban en su presencia, el génio de Santa Anna como el génio del mal, se manifestaba infatigable para saciar su ambicion y su venganza, aun á costa de abrir en el suelo de su infortunada patria las compuertas de las públicas desgracias y de las calamidades mas aterradoras. Santa Anna marchó de dia y noche para llegar á Veracruz, y antes de dar á conocer sus operaciones en aquella plaza, conviene conocerlo á fondo en su carácter; para lo cual nos valdremos del juicio que ha emitido el respetable Señor Alman, por parecernos el que á lo compendiado reune el mérito de la exactitud.

«La historia de México, dice, desde el período en que ahora entramos pudiera llamarse con propiedad la historia de las revoluciones de Santa Anna. Ya promoviéndolas por sí mismo, ya tomando parte en ellas excitado por otros: ora trabajando por el engrandecimiento ajeno, ora para el propio: proclamando hoy unos principios y favoreciendo mañana los opuestos, elevando á un partido para oprimirlo y anonadarlo despues de levantar al contrario, teniéndolos siempre como en balanza: su nombre hace el primer papel en todos los sucesos políticos del

país, y la suerte de este ha venido á enlazarse con la suya, á través de todas las alternativas que unas veces lo han llevado al poder mas absoluto, para hacerlo pasar en seguida á las prisiones y al destierro. Pero en medio de esta perpetua inquietud en que ha ma tenido incesantemente á la república; con toda esta inconsecuencia consigo mismo, por la cual no ha dudado sostener cuando ha convenido á sus miras, ideas enteramente contrarias á sus opiniones privadas; entre los inmensos males que ha causado para subir al mando supremo, sirviéndose de este como medio de hacer fortuna, se le ve tambien cuando los españoles intentaron restablecer su antiguo dominio desembarcando en Tampico en 1829, presentarse á rechazarlos sin esperar órdenes del gobierno y obligarlos á rendir las armas: correr en 1835 á las colonias sublevadas de Tejas y llevar las banderas mexicanas hasta la frontera de los Estados Unidos, para asegurar la posesion de aquella parte del territorio nacional, como lo habria logrado si la desgracia que en la guerra es casi siempre efecto de la imprevision y del descuido, no lo hubiese hecho caer en manos del enemigo ya vencido, y al que no quedaba mas que el último ángulo del terreno que pretendia usurpar. Si los franceses se apoderan del castillo de S. Juan de Ulúa é invaden la ciudad de Veracruz en 1838, Santa Anna les hace frente perdiendo una pierna en la refriega, y por último, en la guerra mas injusta de que la historia puede presentar ejemplo, movida por la ambicion, no de un monarca absoluto, sino de una república que pretende estar al frente de la civilizacion del siglo XIX, cuando el ejército de los Estados Unidos penetra en las provincias del Norte, Santa Anna combate con honor en la Angostura, traslado con increible celeridad el ejército que habia peleado en el Estado de Coahuila á defender las gargantas de la cordillera en el de Veracruz, y

derrotado allí, todavía levanta otro ejército con qué defender la capital, con un plan tan acertadamente combinado como torpemente ejecutado, y mereciendo el elogio que el senado romano dió en circunstancias semejantes, al primer plebeyo que obtuvo las fasces consulares, de «no haber desesperado nunca de la salvacion de la República:» los invasores lo consideran así como al desgraciado general Paredes, como los únicos obstáculos para una paz que hizo perder mas de la mitad del territorio nacional, y todos sus esfuerzos se enderezan á apoderarse de su persona. Conjunto de buenas y malas cualidades; talento natural muy claro, sin cultivo moral ni literario; espíritu emprendedor, sin designio fijo ni objeto determinado: energía y disposicion para gobernar oscurecidas por graves defectos: acertado en los planes generales de una revolucion ó una campaña, é infelicísimo en la direccion de una batalla, de las que no ha ganado una sola; habiendo formado aventajados discípulos y tenido numerosos compañeros para llevar de calamidades á su patria, y pocos ó ningunos cuando ha sido menester presentarse ante el cañon frances en Veracruz, ó á los rifles americanos en el recinto de México, Santa Anna es sin duda uno de los mas notables caracteres que presentan las revoluciones americanas, y este el hombre que dió el primer golpe al trono imperial de Iturbide.»

No debe perderse de vista el carácter del hombre que primero empujó á la patria en el abismo de las revoluciones, porque solo con esto queda desmentido ese constante empeño con que se ha querido hacer pasar á la posteridad, la idea de que el Imperio no pudo establecerse en México porque en la generalidad de los cerebros se contenia el gérmen del sistema democrático. No, esto no es cierto: la misma revolucion iniciada por Hidalgo tan desorganizadora y anárquica como se manifestó, el plan

de Iguala, los tratados de Córdoba, y cuantos pasos se dieron en los primeros días de la independencia de este país infortunado, demuestran que las tendencias generales de acuerdo con el carácter nacional formado por una costumbre secular, estaban en favor de la monarquía. Si el imperio cayó, fué porque la mano del Libertador de México no tuvo bastante energía para contener los elementos disolventes que se hallaban ya enseñoreados de la situación al advenimiento de la independencia: fué porque la revolución desastrosa iniciada el año de 1810, había sembrado entre regueros de sangre y en el campo de la desolación, la anarquía y el desorden cuyos amargos frutos se cosecharon cuando lucían apenas los primeros albores del sol de la libertad nacional: cayó, porque el espíritu de rebelión, hijo natural de las escuelas liberales que habían llenado de lágrimas y sangre las carcomidas monarquías de Europa, se había infiltrado entre nosotros viniendo de allende los mares y de mas allá de nuestras fronteras de Tejas: cayó, porque esa guerra cruel y sanguinaria de once años de exterminio, había talado nuestras fértiles campiñas, paralizado el comercio, arruinado la pequeña industria nacional, segado los veneros inagotables de plata de nuestras minas, y todo esto hacía que el gobierno se encontrara embarazado para no dar un solo paso porque en todo luchaba con el inconveniente de un erario exhausto y agotado: cayó porque las logias masónicas esparcieron su fatal ponzoña sobre esta sociedad inesperta y desquiciada, y porque sobre todos estos elementos de ruina y disolución, vino el génio de Santa Anna como un espíritu maléfico, inquieto y trastornador, para lanzar el primero, la chispa que debía producir un estragoso incendio de medio siglo de revoluciones, hasta no dejar piedra sobre piedra en nuestro edificio social, y hacer que presentáramos al mun-

do el escándalo de parecer un pueblo ingobernable, siendo apenas un pueblo en que han acumulado desgracias sin cuento, la descomunal ambición de algunos hombres.

Santa Anna separado de Iturbide en Jalapa el 1º de Diciembre, caminó sin descanso hasta llegar á Veracruz el día siguiente, en donde se dirigió al cuartel del regimiento núm. 8 de infantería de que era coronel, y al frente de él que se componía de 400 hombres, salió por las calles proclamando la república, en medio de los repiques de las campanas y de los vivas de la gente descontenta con la monarquía. El gefe Lemaur, comandante de la fuerza española que guardaba el castillo de San Juan de Ulúa, luego que supo lo que pasaba en la ciudad, se manifestó tan satisfecho de que la guerra civil empezara á ejercer su maléfica influencia en un país que se acababa de escapar de la corona de Castilla, que mandó ofrecer al gefe pronunciado todos los recursos que pudiera necesitar.

Ya Santa Anna se hallaba en el peligroso camino de la revolución, y aun no tenía un plan fijo que seguir ni germinaba en él mas idea que la de vengar su resentimiento; pero satisfecho de que era necesario revestir sus miras, con algun ropaje que pudiera hacerlas interesantes á la utilidad general, invitó al ministro de Colombia D. Miguel Santa María, persona descontenta del gobierno de Iturbide que lo había despedido de México por su cooperación en el desquiciamiento de su gobierno, para que redactara un plan y una proclama, lo cual hizo el ministro, tomando por base para legalizar la desobediencia á Iturbide, las acciones de su gobierno que mas habían hecho nacer el general descontento, y que podían reputarse como faltas en la administración, no obstante que muchas fueran hijas de las circunstancias excepcionales y no pocas nacidas de una necesidad apremiante é inevi-

table. Con este paso se propagó velozmente la revolución por toda la provincia de Veracruz, y D. Guadalupe Victoria que se había evadido del cuartel en que estaba preso en México, se le asoció á Santa Anna, quien le cedió el mando superior, para utilizar el influjo de aquel gefe antiguo insurgente que había tenido bastantes simpatías en los lugares de aquella provincia.

Iturbide, que aun permanecía en Puebla, luego que tuvo noticia de lo ocurrido en Veracruz, marchó á México con precipitación, y allí se tomaron las medidas que se creyeron convenientes: se publicaron proclamas para levantar el espíritu público y mantenerlo adherido á la causa del gobierno: se escribió contra Santa Anna haciendo públicos los defectos de su conducta, para hacerlo perder el prestigio que pudiera tener y enervar por ese medio la fuerza de la revolución que había iniciado: se invitó á que se diera un donativo voluntario para los gastos de guerra; y tomadas todas las medidas militares que el caso exigía, se hizo salir una fuerza á las órdenes de los brigadieres Cortazar y Lobato, para que se adelantaran por el camino de Veracruz.

Cortazar y Lobato fueron felices en sus primeras operaciones, rechazando á las primeras partidas que se habían extendido hasta Córdoba, y protegieron las operaciones del comandante Saenz, que restableció el orden en todas las poblaciones de la costa de Sotavento. Entre tanto, Santa Anna obrando con la destreza que exigía el caso, sorprendió á la fuerza imperial que se hallaba en Plan del Rio, haciéndola toda prisionera; y envanecido con este primer triunfo, intentó atacar á Jalapa, pero su éxito fué tan desgraciado, por que rechazado por el brigadier D. José María Calderon que defendía la plaza, perdió toda la fuerza, y al pasar en su fuga por el Puente del Rey donde se había quedado Victoria, de tal modo expre-

só su desaliento, que lo invitaba á embarcarse para los Estados Unidos. Santa Anna no estaba acostumbrado á luchar con los desdenes de la fortuna, y por eso al primero se acabó toda la intrepidez aparente de su ánimo; pero Victoria bastante avezado en la escuela de los descalabros militares, lo disuadió de aquel intento, y lo animó para que volviese á poner la plaza de Veracruz en estado de defensa, de donde se podría embarcar, cuando supiere que él había muerto y le presentasen su cabeza.

A los primeros impulsos de la revolución, los ánimos se empezaban á agitar por todas partes, y en la capital, que era el centro del descontento contra Iturbide, no dejó de haber su movimiento para fomentar el plan revolucionario de Santa Anna: al efecto se evadieron D. Nicolás Bravo y D. Vicente Guerrero, para ir á poner en acción su influjo en las poblaciones del Sur, cooperando á destruir el primer gobierno independiente, que ellos habían ayudado á crear. También el P. Mier que se hallaba preso en el convento de Santo Domingo, se escapó la tarde del 1º de Enero de 1823, ayudado del religioso dominico Fr. José María Marchena, y mas tarde se unió á Bravo en el Sur, para poner la fogosa impetuosidad de su carácter á disposición de la revolución, que iba á derrocar el primer gobierno mexicano y abrir la puerta á la revolución en este país desgraciado.

Guerrero y Bravo pronto tuvieron á su disposición una fuerza con que hacerse fuertes en la posición de Almolonga, pero Armijo, comandante de la tierra caliente, ayudado por el brigadier D. Epitacio Sanchez, logró desalojarlos de aquel fuerte, quedando Guerrero gravemente herido, teniendo Bravo que retirarse al rancho de Santa Rosa, solo con la muy poca fuerza que pudo salvar en su derrota.

Supuesto pues el mal éxito de Bravo y Guerrero en

el Sur; derrotado Santa Anna en Jalapa, y sofocados algunos otros pequeños movimientos que hubo en varias partes, parecia estar apagada aquella primera chispa de la revolucion, no manteniéndose sino en Veracruz que era el lugar de su nacimiento, y eso con el desaliento, que tenia Santa Anna, despues del primer eclipse que sufría su buena estrella. Y para extirpar allí mismo la revolucion donde habia nacido, se dió orden al general Echavarrí, para que puesto al frente de las fuerzas que obraban, sobre los sediciosos, les pusiera sitio en Veracruz, única plaza que tenían á su disposicion.

Iturbide veía en Echavarrí una criatura suya y á un hombre sobre quien habia prodigado con profusion sus favores hasta elevarlo á la categoría con que se hallaba revestido en el imperio, queriendo hacerlo el lazo de union entre los españoles y los mexicanos, para las buenas relaciones que Iturbide se proponia mantener entre los dos pueblos: y en este sentido, era muy natural que Iturbide hiciera á Echavarrí el depositario de su mayor confianza; pero este caso es una prueba mas de lo falible que son los cálculos del hombre y de la poca confianza que merece la prudencia humana. Llegó Echavarrí á Veracruz con el ejército que se habia puesto á sus órdenes; y despues de algunas inútiles tentivas, se convenció el gefe imperial, que no tenia los elementos bastantes para rendir una plaza, que por su posicion natural se prestaba muy bien á una defensa. Echavarrí y los demás gefes, veian comprometido su honor militar, teniendo que levantar el sitio; y en estas circunstancias los masones á cuyas logias pertenecia la mayor parte de los gefes, vinieron á decidirlos por el extremo peor para ellos y para la patria. Estos ocultos instigadores del mal, hicieron poner de acuerdo á los gefes sitiadores con Santa Anna, para adoptar un plan, que aunque distinto en la forma al primero que se pro-

clamó en Veracruz, viniera á dar en sustancia el mismo resultado. El plan se dirigia lo mismo que el de Santa Anna á derrocar el gobierno establecido; pero mas cautos los directores de este movimiento, que el fogoso caudillo militar que mal pudo disimular su ambicion y su deseo de venganza, se dirigieron á atacar el flanco mas débil que tenia el gobierno, y eso procurando no alarmar á nadie; y antes por el contrario, dándole al movimiento un barniz de aparente legalidad para que pudiera sin escrúpulo ser aceptado por todos. En primer lugar se declaraba como inconcuso el principio, de que la soberanía reside esencialmente en la nacion: y desde que se dió este primer escándalo, ya ninguna revolucion se hace difícil en México, porque el principio establecido de que la soberanía reside en la nacion, parece que trae como corolario suyo, el de que, el primer ambicioso, el primer descontento, el primer hombre atrevido y audáz que tenga el aplomo suficiente para declararse intérprete de la voluntad nacional, puede aventurar un plan político cualquiera, fiando el éxito á su fortuna militar ó á las intrigas, para conseguir despues de un triunfo hacer brotar del puño de su espada la voluntad general del pueblo, mientras llegue el momento de que otro hombre con igual derecho, lo haga bajar de la altura á que lo hicieron subir su atrevimiento y la debilidad de sus conciudadanos.

En los siguientes artículos del plan, se acordó convocar la reunion del congreso, pudiendo ser reelectos los diputados que tuvieron energía para contradecir el nombramiento de emperador en Iturbide: á este se le mandaban guardar las consideraciones que exigía su elevado puesto: se daba á la diputacion provincial de Veracruz la direccion en la parte administrativa de los negocios públicos; y todo el ejército se obligaba á llevar adelante este plan hasta su realizacion, y hacer efectivas todas las resolucio-

nes del congreso una vez que se hubiera reunido, en el lugar que mas apropósito creyera para cumplir su encargo. Este plan que fué firmado el 1º de Febrero de 1823, se llamó de Casa Mata, por el nombre que tenia el lugar donde estaba acampado el ejército sitiador, y que era la casa donde se tenia el depósito de la pólvora.

Luego que el plan fué comunicado á Veracruz, lo aceptaron el ayuntamiento y la diputacion; y no teniendo ya objeto el ejército, salió á situarse en las Villas, adhiriéndose á él el brigadier Calderon, que pocos dias antes habia derrotado á Santa Anna. Iturbide, desagrado de la lentitud de las operaciones de sitio, habia resuelto salir á tomar el mismo el mando del ejército, pero disuadido por el consejo de Estado, permaneció en México hasta saber con bastante sorpresa, que el término de la campaña habia sido la union de sitiadores y sitiados por medio del plan que dejamos expuesto.

El ejército por su parte se erigió en congreso bajo la forma democrática, para resolver por medio de deliberaciones parlamentarias, los asuntos mas arduos que se ofrecieran; y al efecto fué nombrado presidente de este monstruoso cuerpo político militar, el mismo general Echavarrí, vicepresidente el General Calderon, secretarios los coroneles Dominguez y Hernandez, y para componer la diputacion permanente ó consejo, se eligieron los generales Gual y Miñon y los coroneles Codallos, Iberri y Puyade.

El Emperador, que por desgracia suya y de la patria, habia entrado en el camino de las medidas á medias, mandó para tratar con los gefes sublevados, una comision compuesta del general Negrete, el canónigo Robles consejero de Estado, los licenciados Espinosa de los Montes y Martinez de los Ríos y D. Carlos García, los cuales se pusieron luego en camino: y puede ser que si ellos

hubieran llegado con mas oportunidad, hubieran conseguido contener en parte aquel torrente que precipitó al país en el ancho cauce de sus desgracias públicas; pero ya en Puebla se habia tenido noticia del plan de Casa Mata, dado á conocer por una proclama del marqués de Vivanco, y con objeto de evitar los horrores de la guerra civil, el ayuntamiento y la diputacion provincial se creyeron obligados á adoptarlo, por razones de conveniencia, de necesidad y de justicia.

Habiendo llegado las cosas á este grado, la revolucion se propagó con una extraordinaria rapidez; pues luego se adhirieron al plan en Guadalajara, Guanajuato, Querétaro y Cuernavaca; no obstante que en estos lugares mandaban gefes adictos á Iturbide y muy obligados á su persona; pero el héroe de Iguala habia puesto ya el pié en el abismo de su desgracia, y estaba sujeto á esa ley fatal de la naturaleza humana, de verse abandonado aun de sus mejores amigos, á quienes nunca faltan poderosas razones para ver impasibles rodar la fortuna ajena, con la esperanza de que su ingratitude produzca el fruto de conservar la propia. En el Saltillo, se adhirieron al plan de la revolucion, en medio de un verdadero motin ocasionado por el eclesiástico Ramos Arispe, que era de los que mas contagiados habian vuelto de España con las ideas demagógicas; y aunque en algunos lugares, como en San Luis, el gefe militar que era D. Zenon Fernandez, se resistió á entrar en la revolucion, los vecinos dirigidos por el Juez de letras D. Víctor Márquez, adoptaron el plan deponiendo del mando á Fernandez.

Avanzando pues la revolucion por todas partes, antes que los comisionados de Iturbide volvieran de Jalapa, ni hubieran concluido arreglo alguno con los gefes de la revolucion, el emperador salió á situarse en el pueblo de Iztapaluca; pero esta medida, léjos de traer alguna ven-

taja, fué por el contrario la que infundió mas alarma; y la desercion en la tropa era continua, á la vez que llegaba el desaliento aun á los empleados civiles que se apresuraban á dejar sus puestos; y que Iturbide, caminando por la debilidad de un abismo en otro, llegó á cubrir alguno de mucha importancia con un enemigo declarado del gobierno, reconociendo así la legitimidad de los títulos de la revolucion, y exponiéndose á caer sin tener siquiera la gloria de quedar envuelto entre las ruinas del trono en que se hallaba colocado.

Una vez que en Puebla se adhirió al plan de Casa Mata, el ejército que lo proclamó avanzó sobre aquella Ciudad, de donde los comisionados de Iturbide volvieron á México, quedando solo entre los pronunciados el general Negrete, circunstancia que mucho influyó en aumentar el desaliento entre los amigos de la monarquía de Iturbide.

En Puebla renunció Echavarrí el mando del ejército, nombrándose en su lugar al marqués de Vivanco, y á este tiempo ya Bravo y Guerrero con el ejército que habian organizado en el Sur, se acercaban también á la Capital.

A pesar de este peligro tan grande, Iturbide tal vez debió reunir los elementos que le quedaban á su disposicion y tratando de sacar provecho de su elevado puesto, del entusiasmo que su nombramiento de emperador habia producido, y de la disposicion en que se hallaran muchas poblaciones para mantener su gobierno, por temor de no entrar en la anarquía, de donde el país acababa de salir, debió hacer frente á la difícil situacion en que se hallaba, fiando el éxito en la Providencia que vela por las sociedades; pero abrumado con ver cambiado el viento de su próspera fortuna, adoptó la peor de todas las medidas, que el mas fatal desengaño le pudo hacer creer que amalgamaria todas las voluntades. El 4 de Marzo de 1823

publicó un decreto, en el que segun decia, queriéndose conformar con la voluntad general que deseaba el restablecimiento del congreso, mandó reunir el congreso disuelto por él mismo, debiéndose verificar la instalacion en el lugar que mas á propósito le pareciera al mismo cuerpo: y esto lo mandó comunicar á los gefes pronunciados, para que se acabase el motivo de su desobediencia al gobierno. El congreso se instaló con la frialdad que era consiguiente á los acontecimientos que habian tenido lugar; y ni pudo de pronto entrar de lleno en la discusion de muchos puntos de importancia, así por el temor que tenia de su falta de facultades, como por no haber aun el número suficiente de diputados, y sobre todo, porque no se creia con la libertad necesaria para obrar.

En vista de todas estas dificultades, Iturbide se resolvió á presentar al congreso la abdicacion de su corona, ofreciendo salir del país; pero no se pudo tratar por esos dias aquel negocio tan grave: y entre tanto, avanzando las fuerzas descontentas, se tuvo una junta de guerra á la que asistió el brigadier Gómez Pedraza, comandante militar de México, representando al gobierno del emperador, y por parte de los pronunciados, los generales Vivanco, Echavarrí, Negrete, Bravo, Barragan, Calvo Arana y Güal estando representados por poder los gefes ausentes como Armijo, Cortazar, Victoria y Santa Anna. En esta junta que se verificó el 26 de Marzo en el pueblo de Santa Marta, se ajustó un convenio, por lo cual el ejército se obligaba á reconocer en Iturbide, el carácter con que lo considerase el congreso luego que estuviera completo el número de sus individuos y tuviese plena libertad en sus deliberaciones: por el segundo artículo se convino en que Iturbide con su familia se retiraria tres dias despues á Tulancingo, debiendo escoltarlo el general Bravo, cuya eleccion fué hecha por el mismo emperador;

y en el último, se acordó reconocer á todas las tropas que permanecieron fieles al gobierno imperial, como del ejército restaurador del orden constitucional, debiendo hacer entrega de ellas el brigadier Gómez Pedraza, al gefe que entrara á ocupar la Capital.

Todo se hizo como se acordó en este convenio: Iturbide se retiró á Tulancingo: el ejército ocupó á México; y el congreso estaba reunido para el día 29 bajo la presidencia de D. José Mariano Marín, que era el presidente al tiempo de la disolución de aquel cuerpo. En las primeras sesiones se declaró: que por haber cesado el poder ejecutivo que existía desde el 19 de Mayo del año anterior, se nombraba un gobierno provisional que se denominaría «Poder ejecutivo,» compuesto de tres individuos, que por elección del mismo congreso, lo fueron los generales Bravo, Victoria y Negrete, debiendo turnar los tres en la presidencia cada mes; y como los dos primeros se hallaban ausentes se nombraron como suplentes suyos á D. Mariano Michelena y D. Miguel Domínguez, quienes con Negrete instalaron el gobierno provisional.

El congreso se ocupó el día 7 de Abril de la abdicación que Iturbide hacía de la corona; y después de largas y acaloradas discusiones, vino á aprobarse por 94 votos contra 1, que no había lugar á tomarse en consideración la abdicación, porque el nombramiento de emperador había sido obra de la violencia y contra todo derecho: se declaró también nula la sucesión hereditaria: que Iturbide saliera luego del país; y que mientras permaneciera en algún puerto de Italia, disfrutara el tratamiento de excelencia y una pensión vitalicia de veinticinco mil pesos anuales, la cual después de su muerte debía reducirse para su familia á ocho mil pesos. Y por otro decreto de la misma fecha, también anuló el congreso el plan de Iguala y los tratados de Córdoba, declarando: que la nación era libre

para constituirse por medio de sus representantes, guardando solo las bases de las tres garantías, de religión, unión é independencia.

En consecuencia de estas resoluciones del congreso, que deberían ser un baldón para el pueblo mexicano, si contra su carácter no se hubieran dado como fruto exclusivo del espíritu demagógico que en aquellos momentos brotando de funestos cerebros sopló como un torbellino, Iturbide el Libertador de México, salió de la patria á quien le había dado su ser libre, embarcándose el 11 de Mayo en Veracruz, con una comitiva de ventiocho personas formada de las personas de su familia, su sobrino D. José Ramon Malo, su secretario D. Francisco de P. Alvarez, y los eclesiásticos López y Treviño.

De este modo acabó el gobierno imperial, el primero que México tuvo como independiente: y aquí parece muy á propósito, para reasumir el juicio sobre tamaños acontecimientos, cerrar este capítulo con lo que el general Tornel ha escrito en su *Reseña Histórica*, sobre la caída del gobierno del emperador Iturbide.

«La guarnición de Veracruz, dice, había dado las primeras muestras de infidelidad, y este ejemplo era demasiado seductor para el resto de las tropas del ejército. Acababa él de abandonar su bandera, y entendió que podía romper la nueva, y que la obediencia y la disciplina, habían cesado de ser obligación del soldado. Iturbide arrastrado por el destino, mandó reunir los mejores cuerpos al frente de Veracruz, y descansando en las promesas de un antiguo compañero y del amigo que más amaba, le confió el mando de las fuerzas, para que á mansalva pudiera traicionarle. Quien le traicionó fué el general Echavarrí, no por adhesión á la república que detestaba, sino porque era un mexicano el que ocupaba el trono, que pertenecía en su concepto, por derecho divino, á